

DIARIO DE UN OPTIMISTA

EL FINAL DEL CALENTAMIENTO

POR GUY SORMAN

«Si después de Estados Unidos los grandes países contaminantes renuncian a sus compromisos climáticos, ¿se calentará la atmósfera hasta hacer que sea imposible vivir en el planeta? Solo nuestros hijos y nuestros nietos lo comprobarán, porque las evoluciones climáticas son muy lentas»



PARECE que Donald Trump ya está empantanado en la burocracia estadounidense, rodeado de numerosos contrapoderes, empezando por los de su propio partido, el Partido Republicano. Cada día matiza sus palabras sobre la inmigración ilegal, el seguro sanitario público (el *Obamacare*) y las sanciones contra las importaciones chinas, y llega incluso a pedirle consejo a Barack Obama. Trump se ha dado cuenta en un santiamén de que hay un mundo de diferencia entre su cantinela primitiva para los votantes y su aplicación práctica. Pero ya veremos: en cualquier momento, el personaje arrollador e imprevisible puede resurgir y puede revolucionar el orden -relativo- de la economía y de las instituciones internacionales. Sin embargo, hay un punto destacado de la campaña, que coincide con sus convicciones, con las de sus votantes, con las de su partido y con las de la mayoría de los estadounidenses, en el que no cederá, y es el del «cambio» o «calentamiento» climático.

Lo que es seguro es que, por algún subterfugio jurídico o por mala voluntad, el próximo Gobierno estadounidense no va a aplicar el reciente Tratado de París, que obliga a sus firmantes a reducir año tras año su producción de dióxido de carbono, el principal gas de efecto invernadero. En este punto, Trump cuenta con una mayoría parlamentaria y popular, y las protestas se dispersarán; los propios científicos estadounidenses están más divididos sobre el tema que sus colegas europeos. El Gobierno chino y el indio, para los que el desarrollo industrial prevalece sobre las precauciones ecológicas, estarán más que contentos de escudarse en EE.UU. para no aplicar restricciones a sus centrales de carbón. Creo que solo Obama, un ecologista convencido, puede encabezar un amplio movimiento para la «salvación» del planeta.

¿Tendrá la derogación de los acuerdos internacionales sobre el



cambio climático consecuencias dramáticas para la humanidad? Intentemos una vez más separar lo seguro de lo probable y de lo improbable en esta controversia en la que la ciencia se entremezcla con la ideología. De entrada, no creer en absoluto en el cambio climático es una postura insostenible, porque el clima cambia todo el tiempo por definición, y la historia moderna, desde la época romana, muestra estos cambios con la evolución de los cultivos, como el progreso y el retroceso de la vida en Europa.

Es innegable que, actualmente, nos encontramos en una fase de calentamiento, como pone de manifiesto -más que los osos blancos desorientados en la banquisa, muy fotogénicos- el aumento de las enfermedades tropicales propagadas por los mosquitos, como la malaria, el chikungunya y el zyka en zonas elevadas que hace poco eran templadas. También sabemos que

el dióxido de carbono emitido por las energías del carbono, las centrales de carbón principalmente, contribuye al calentamiento, pero no sabemos hasta qué punto. Sin duda, intervienen otros factores, como el metano y acontecimientos solares que no dominamos.

Es en ese punto cuando la ciencia se entremezcla con el posicionamiento ideológico e imposibili-

*Una alternativa
«Poner una tasa al
carbono habría sido
más eficaz que los
compromisos
gubernamentales de
limitar su uso. Pero
sería menos glorioso
para los políticos que
quieren salvarnos»*

ta cualquier debate racional. Los gobiernos occidentales, reforzados por los movimientos ecologistas, cuyos votos son útiles, y el grupo de presión del sector nuclear que se muestra hostil al carbón, al petróleo y al gas, han adoptado una actitud intransigente y creen que el dióxido de carbono es el único culpable y se consideran a sí mismos unos salvadores. No es casualidad que la pasión política por la climatología, una ciencia incipiente e incierta, coincida con la pérdida de capacidad política para influir en el curso de la historia a causa de la globalización y del descrédito general de las doctrinas que prometían unos mañanas maravillosos.

Si después de Estados Unidos los grandes países contaminantes renuncian a sus compromisos climáticos, ¿se calentará la atmósfera hasta hacer que sea imposible vivir en el planeta? Solo nuestros hijos y nuestros nietos lo comprobarán, porque las evoluciones climáticas son muy lentas. Además, no es seguro que el Tratado de París tenga algún efecto sobre las emisiones de dióxido de carbono o sobre el clima; existe un consenso generalizado entre los economistas de todo el mundo para recomendar una tasa sobre el carbono, más eficaz que los compromisos gubernamentales de limitar su uso. Pero habría sido un método económico, demasiado liberal y menos glorioso para los políticos que quieren salvarnos, como si fuesen «El Zorro».

También es cierto que, como hemos señalado de entrada, el calentamiento actual provoca pandemias temibles. Sabemos contenerlas y sabemos erradicar los mosquitos como se hizo hace apenas un siglo en el sur de Europa y en EE.UU. Asimismo, ahí donde existen riesgos ecológicos relacionados con la subida del nivel del agua es posible prohibir las construcciones en zonas inundables (construir en cualquier sitio es la principal causa de las catástrofes, más que el clima). Es posible luchar contra las consecuencias del calentamiento y es más eficaz a corto plazo que luchar contra el calentamiento, pero, evidentemente, es menos glorioso y menos profético. Si Trump, en este tema, obliga a ser pragmático, quizá se le podrá perdonar el resto.